

talia ha dirigido à las lógias masónicas del reino una nueva circular, que revela bien á las claras las tendencias de la secta, lo mismo allí que en todas partes. Demos algunos extractos de este significativo documento:

"A los V.: H.: de las L.: I.: El edificio que los H.: tratan de levantar en el mundo entero, no podrá darse por terminado hasta tanto que los H.: de Italia no hayan entregado en pasto á la hmanidad los últimos restos de la institucion del gran enemigo (*el Catolicismo*).

"La obra continúa activamente en Italia; y cuando en el aniversario de 1879, el G.: O.: de los Valles del Tiber pudo proclamar que las leyes se hacen en Italia á la luz de la masonería, aplicamos el escalpelo al ultimo refugio de la supersticion; y la fidelidad del H.: 33.: (*Crispi*), que tiene el poder politico, nos garantiza que el Vaticano caerá bajo nuestro martillo vivificador (*sic*).

"Pero á fin de que nuestro trabajo se prosiga sin descanso y no se pierda ninguno de los beneficios que de aquí espera la humanidad, es necesario que en las próximas elecciones, 400 H.: por lo ménos puedan entrar en la Cámara legislativa. En la legislatura que acaba de espirar, los H.: eran en número de 300; mas esto no basta para el trabajo futuro, porque se trata de llevar á término la obra de la liberacion de la humanidad, y que estos últimos esfuerzos no encuentren mayores obstáculos de parte del Sacerdote en jefe y de sus abyectos esclavos."

Basten estos párrafos para enterarse una vez más del verdadero programa de la masonería italiana y del gobierno que la patrocina, y para ver justificadas nuevamente las quejas del Papa contra ambas instituciones.

Estatua de Leon XIII.

Leon XIII va á tener una bella estatua en el pueblo de su nacimiento. Un americano riquísimo, el conde de Lom-

bat, que ya hizo colocar una estatua colosal del actual Pontífice en la Universidad Católica de Washington, ha regalado otra de cuatro metros de altura, y en hermoso mármol de Carrara, que se alzará en Carpineti. Ya se han empezado los trabajos para el pedestal, estando terminada la estatua, la cual representa sentado al Papa, revestido de sus hábitos pontificios. Carpineti ha preluado estas fiestas celebrando con gran entusiasmo la de San Joaquín en honor del Pontífice. Este ha mandado una fuerte suma para los pobres de su ciudad natal.

El Papa Leon XIII heredero.

La marquesa de Plessis Beliere, que falleció á principios de Julio último, ha dejado por único heredero á Su Santidad Leon XIII.

Los cuantiosos bienes de la finada, consistentes en tierras, bosques, molinos, etc. Acaban de ser puestos en venta, bajo la tasación de 650.000 francos, suma que el Papa podrá recibir íntegra, no sucediendo lo mismo con el castillo ya citado, pues no siendo éste enajenable, por cláusula que de antiguo existía en la familia testadora, tiene forzosamente que permanecer abierto al público, el cual era siempre admitido á contemplar la magnífica colección de antigüedades que en él existe, y que tampoco deberá nunca ni en ningún caso ser vendida.

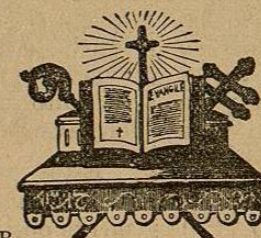
CRISTOBAL COLON.

Así se titula la nueva ópera escrita por el maestro compositor Franchetti, que ha de ser estrenada en Italia en la próxima temporada lírica con motivo del centenario del navegante.

Los pocos inteligentes que hasta ahora han oído ejecutar en el piano algunos trozos de la partitura, le aseguran un éxito asombroso, y en todos los círculos artísticos de Italia no se habla de otra cosa.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.-D. JUAN MANUEL, R

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 8 DE 1891.

NUM. 69.

SECCION I.

CARTA ENCICLICA

DE

S. S. LEON XIII PAPA

A todos los Prelados del Orbe Católico. Sobre el Rosario de la Santísima Virgen.

Venerables Hermanos, salud y bendición Apostólica.

Al acercarse el mes de Octubre, dedicado y consagrado á la Bienaventurada Virgen María del Rosario, Nos, sentimos grata satisfaccion en recordar con cuanta solicitud os hemos recomendado en años anteriores, Venerables Hermanos, que excitáseis por todas partes con vuestra autoridad y celo á todos los fieles á redoblar su piedad para con la Augusta Madre de Dios protectora omnipotente del pueblo cristiano, dirigiéndola durante todo el mes citado, fervientes oraciones é invocándola en el santísimo culto del Rosario, al cual la Iglesia ha acudido siempre con buen resultado, sobre todo, en los tiempos y en las cosas difíciles. Esa misma voluntad nuestra, queremos expresaros de nuevo este año y dirigiros también las mismas exhortaciones, porque á ello Nos aconseja é insta la caridad de la Iglesia, cuyas pruebas, léjos de dismi-

nuir, han aumentado de día en día, en número y gravedad. Los males que Nos deploramos aquí son de todos conocidos; atacados y combatidos los sacrosantos dogmas que la Iglesia custodia y guarda por tradicion; la integridad de la virtud cristiana que ella defiende, es objeto de irrision; las calumnias sustentadas, los ódios sublevados en todas formas contra el órden de los Obispos y principalmente contra el Pontífice Romano, y para colmo de audacia desenfrenada y de abominacion sacrílega, los ataques que se dirigen contra Ellos mismos con la intencion de destruir y acabar con la obra divina de la Redencion, que ningun poder, sin embargo, podrá jamás borrar ni destruir.

No son nuevas seguramente estas cosas que suceden á la Iglesia militante, porque como dijo Cristo á sus Apóstoles, su condicion es de guerrear y combatir todos los dias para enseñar á los hombres la verdad y conducirlos á la salvacion eterna. Por esto en todos los siglos ha luchado con valor hasta el martirio, no hallando mayor gloria y alegría que mesclar su sangre con la de su Divino Autor, en quien reside la más segura esperanza de la victoria que la ha sido prometida.

No puede ocultarse, sin embargo, cuán triste es hasta para los buenos esta dura condicion de un combate perpétuo. Es en efecto gran motivo de tristeza ver á tantos hombres á quienes la perversidad de los errores y la insolencia para con Dios alejan enteramente y marchan al abismo;

palabra, todo nuestro sér. Todos estamos llenos de la dulce esperanza y confianza de que lo que sería ménos agradable á Dios, viniendo de nuestra indignidad, será aceptado y favorablemente recibido por El, gracias á la recomendacion de su Santísima Madre.

De estas dulces y tiernas verdades el alma recibe tanto consuelo cuanta es la compasion que siente por aquellos que, estando privados de la fé, no veneran á María y no la reconocen por madre, y siente más compasion ante la desgracia de aquellos que, sin dejar de ser participes de la fé, se atreven á censurar á los buenos su devocion fervorosa y demostrativa hácia María: en esto faltan gravemente á la piedad que conviene á los hijos. Esta tempestad de males que agobia tan cruelmente á la Iglesia indica, pues, á los piadosos hijos qué santo deber les obliga á pedir á Dios con más instancias, y qué razon hay para que se esfuerzen en dar á estas súplicas la mayor eficacia. A ejemplo de nuestros padres y antecesores religiosos, recurramos á María, nuestra Santa Soberana; invoquemos, supliquemos todos juntos á María, madre de Jesus y madre nuestra, diciéndole: "Mostraos nuestra Madre y haced que acepte nuestras súplicas Aquel que, nacido por nosotros, ha consentido ser hijo vuestro." *Monstra te esse matrem, sumat per te preces qui pro nobis natus tulli esse tuus.* (Ex sacra liturgia.)

Pero entre las diversas formas y maneras de honrar á la Divina María, ya que es preciso preferir las que sabemos que le son agradables á esta Madre, conviene indicar en particular, y recomendar muy especialmente el Santo Rosario. La costumbre popular ha dado el nombre de *corona* á esta manera de orar, por razon de que reúne en hermosos lazos los grandes misterios de Jesus y de María, y sus alegrías, y triunfos. Y ciertamente que la piadosa consideración de estos augustos misterios, meditados en su orden, es de maravilloso auxilio para los cristianos, ya para aumentar su fé y protegerla contra

el contagio de los errores, como tambien para levantar y conservar el vigor del alma.

En efecto, el pensamiento y la memoria del que así ora, iluminados por la fé, se trasladan en espíritu hácia esos misterios con el más eterno entusiasmo, absorbiéndose en la fé y penetrándola, no pudiendo admirar, lo bastante, la obra inefable de la Redención de los hombres, realizada á tan alto precio y por una serie de hechos tan grandes. El alma entonces se inflama de amor y reconocimiento ante estos testimonios de la caridad divina; ella siente fortificarse y crecer su esperanza y se hace más ávida de estas recompensas celestiales que Cristo ha preparado á los que se unan á él imitando sus ejemplos y participando de sus dolores.

Y, además, esta oración repite las propias palabras que nos vienen de Dios mismo, del Arcángel Gabriel y de la Iglesia; llena esa oración de alabanzas y de deseos de salvación, se renueva y se continúa en un orden á la vez uniforme y variado, y prodúcese sin cesar nuevos y suaves frutos de piedad.

Debe creerse que la misma Reina del cielo ha atribuido una gran eficacia á este modo de oración, pues que ha sido aprobado y propagado por una revelación de ella y bajo su inspiración por el ilustre padre Sto. Domingo, en una época muy hostil al nombre católico, y á poco casi parecido al nuestro, como un arma de guerra para combatir ventajosamente á los enemigos de la fé. Y en efecto, la secta de los heréticos albigenses, en una parte clandestinamente y en otras abiertamente, se había esparcido por un gran número de regiones. Esa secta era una atroz procedencia de los Maniqueos, cuyos monstruosos errores renovaba, al propio tiempo que suscitaba facciones, matanzas y frecuentemente un odio mortal contra la Iglesia. Nada se podía esperar ya por medio humano contra esa funesta é imprudente secta, hasta que vino Dios con el auxilio oportuno, con la ayu-

da del Rosario de María. Y así, bajo los auspicios de la Virgen gloriosamente victoriosa de todas las herejías, las fuerzas de los impíos fueron derribadas y destruidas, y la fé de la mayoría se salvó y perseveró. En cada nación peligros semejantes, en gran número, han sido apartados y se han obtenido beneficios como atestiguan la historia antigua y moderna, por medio de abundantes documentos. ¿Y qué recomendación más insigne para el Rosario que el apresuramiento con que en su institución ha sido acogido y convertido en hábito en todas las clases de la sociedad? Sin duda la religión del pueblo cristiano tiene bastantes maneras de honrar y celebrar bajo muchos títulos á la divina María tan elevada por alabanzas universales por cima de todas las criaturas. Pero tiene siempre una preferencia marcada por este título del Rosario; y este modo de orar en el cual se resume por decirlo así la fé, se contiene como la esencia del culto debido á María. La religión cristiana se ha servido siempre del Rosario en público y en lo privado, en casa y en familia, y en las cofradías instituidas bajo su advocación, dedicándole altares y celebrando ceremonias en su honor, persuadidos de que no se podrá hacer nada mejor para realzar las solemnidades de María y merecer sus favores y su intercesión.

Nos no podemos pasar ya en silencio una consideración que resalta aquí como una especie de particular providencia de nuestra Soberana. Cada vez, en efecto, que por la acción del tiempo el celo de la piedad se ha relajado en una nación y que se ha abandonado este piadoso hábito de rezar, es de notar en seguida con qué unanimidad, ya en épocas de crisis terribles para el Estado, ya bajo el imperio de otra cualquier necesidad, la práctica del Rosario, entre todos los demás auxilios religiosos, ha sido repuesta y vuelta á colocar en su rango de honor, y es cómo se ha desarrollado de nuevo con gran provecho. No hay necesidad de ir á buscar aquí pruebas en lo pasado,

cuando las tenemos refulgentes á nuestros ojos. En nuestra época, tan mala para la Iglesia como hemos dicho al principio, y tan dolorosa para Nos que hemos sido llamado por la Divina Providencia para dirigirla, Nos, vemos y admiramos en medio de la insurrección de las pasiones, cuánta devoción hay hácia el Rosario de María y con cuánto favor está en todos los lugares y entre todos los pueblos del nombre católico. Ya este hecho que en verdad ha de atribuirse á Dios que dirige y conduce á los hombres, y no á la prudencia ó habilidad humana, consuela grandemente y eleva nuestra alma y la llena de una gran esperanza al ver renovarse y acrecentarse los triunfos de la Iglesia bajo los auspicios de María.

No faltan, sin embargo, cristianos que comprenden lo que Nos acabamos de recomendar tan justamente; pero viendo que ninguna de las esperanzas relativas en particular á la paz y á la tranquilidad de la Iglesia se ha realizado, ántes por el contrario que la situacion se agrava más, tal vez abandonan como fatigados y descorazonados en su fervor, la devoción hácia sa piadosa oracion.

Que esos, pues, la busquen desde luego y se apliquen á allegar á las oraciones que eleven á Dios, las disposiciones convenientes recomendadas por nuestro Señor Jesucristo: si las tienen, que consideren en seguida lo inconveniente y culpable que es querer asignar á Dios el tiempo y la manera de ayudarnos, á El que no nos debe nada, y nada de tal suerte, que cuando oye nuestras oraciones y "corona nuestros méritos, no corona más que sus propios beneficios," y cuando nos escucha menos favorablemente segun nuestros deseos, obra como un buen padre previsor para con sus hijos, teniendo compasion de sus extravíos y proveyendo á su utilidad.

Pero las oraciones que ofrecemos humildemente á Dios, en union con los sufragios de los santos del cielo para hacernos propicios á la Iglesia, Dios las acoge

à tantos hombres que indiferentes para todas las religiones, parecen haber rechazado la verdadera fé divina, y hasta un gran número de católicos que no tienen de la religion más que el nombre y no observan las prácticas obligatorias. Y lo que aumenta este dolor, lo que agobia el alma, es considerar que esta lamentable agravacion de males proceda, sobre todo, de que la Iglesia no tenga puesto alguno en el Gobierno de los Estados, ó que su saludable influencia se vea combatida, y de aquí el terrible y justo castigo del Dios vengador que deja caer à las naciones que se apartan de Dios, en la más lamentable ceguedad de entendimiento.

Por esto, la situacion misma proclama cada dia con mayor fuerza la absoluta necesidad para los católicos de perseverar con celo y sin descanso (I. Thes. V. 17) en las oraciones y súplicas à Dios; y esto no sólo cada uno en particular, sino preferentemente en público, reuniéndose en las iglesias para pedir à la Providencia divina que libre à la Iglesia de los hombres malos y perversos (II Thes. 3. 2) y traiga à las naciones pervertidas à la salud y sabiduría, por medio de la luz y de la caridad de Jesucristo.

Cosa es bien admirable y que excede à toda nuestra ponderacion. Nuestro siglo sigue su camino tan laborioso, orgulloso de sus recursos, de su fuerza, de sus armas, de su genio; pero la Iglesia atraviesa los siglos con paso tranquilo y seguro, confiada únicamente en Dios hácia quien eleva noche y dia sus manos y sus oraciones.

Aunque en su prudencia ella no descuida ninguno de los recursos humanos que el tiempo la ofrece por un efecto de la divina Providencia, sin embargo, no pone en ellos su principal esperanza, sino, ántes bien, en la oracion y súplicas à Dios, de donde ella saca con que alimentar y fortificar la vida, pues de esta costumbre de la oracion, resulta felizmente que hallándose fuera del alcance de todas las vicisitudes humanas, y en comercio constante con la divinidad, saca la misma vida de Jesucris-

to, y vive plácida y tranquila casi del mismo modo que Jesucristo, à quien la crueldad de los sufrimientos de su Pasion que padeció por el bien de todos, nada quitó ni disminuyó de su propia y bienaventurada luz y felicidad.

Estos grandes ejemplos de la sabiduría cristiana han sido siempre religiosamente observados y practicados por todos los que han sido verdaderamente dignos por su virtud del nombre cristiano. Siempre sus oraciones han aumentado en fervor y paciencia, en los momentos en que afligían à la Iglesia ó à su Jefe supremo mayores calamidades, por causa de la astucia ó de la violencia de los malos. Hay un ejemplo memorable de esta práctica entre los fieles de la primitiva Iglesia, ejemplo digno de ser siempre propuesto para imitacion de las futuras edades. Pedro, Vicario de Jesucristo, Soberano Pontífice de la Iglesia, habia sido encadenado por orden del cruel Herodes y destinado à una muerte segura, y ninguna asistencia ni socorro alguno podía hacerle salir de la prision. Pero no le faltaba el socorro que puede alcanzar de Dios una santa oracion. La Iglesia en efecto, como lo refiere la Historia Sagrada, derramaba sobre él las más instantes súplicas. "Una oracion constante se elevaba para él à Dios, del seno de la Iglesia," (Act. XIII, 5.) y el celo de la oracion animaba tanto más à los fieles, cuanto más viva era la angustia de esta cruel prueba. Ya se sabe cómo fueron oídas aquellas piadosas súplicas. El pueblo cristiano no ha cesado de celebrar con alegría de un eterno agradecimiento, la libertad milagrosa de Pedro. Pero, más insigne todavía y completamente divino, es el ejemplo que ha dado Jesucristo à su Iglesia, para instruir la y formarla en la santidad, no sólo por sus preceptos, sino tambien por su conducta.

Toda su vida, en efecto, la pasó en oracion continua; y cuando en sus últimas horas agonizaba en el huerto de Gethsemaní en las tristezas infinitas de su alma, no solo oraba, sino que *oraba con efu-*

sion (Luc. XXII, 43). Y no era por El, seguramente por quien oraba, no teniendo nada que temer, ni necesitando nada, siendo Dios, sino por nosotros, por su Iglesia, cuyas oraciones y lágrimas hacia fecundas en gracias, atribuyéndoselas voluntariamente.

Pero desde que se cumplió la salud del género humano en el misterio de la cruz y fué establecida en la tierra y constituida regularmente la Iglesia, agente de esta salud despues del triunfo de Cristo, comenzó un nuevo orden de providencia para el nuevo pueblo. Conviene considerar aquí los designios divinos. Al querer tomar el Hijo del hombre la naturaleza humana para la redencion y ennoblecimiento del hombre, y debiendo contraer de este modo una especie de matrimonio místico con la universalidad del género humano, no realizó su designio sin el libre y completo consentimiento de la que estaba destinada à ser su Madre, y que representaba en cierta manera al mismo género humano, segun esta opinion célebre y muy fundada de Santo Tomás de Aquino. "Por la anunciacion se pedía el consentimiento de la Virgen en lugar y representacion de toda la naturaleza humana." (III. q. XXX, a. 8.) De donde se puede asegurar con no menos verdad y exactitud, que nada de este gran tesoro de toda la gracia que el Señor nos ha traído, porque "la gracia y la verdad vienen de Jesucristo," (San Juan I, 17) no nos ha sido comunicada por voluntad divina sino por María: y así, del mismo modo que nadie puede ir al Padre soberano sino por el Hijo, así, del mismo modo no puede ir nadie à Jesucristo sino por su Madre. ¡Qué sabiduría y misericordia brilla en este designio de Dios! ¡Qué maravillosa apropiacion de la debilidad y fragilidad del hombre! Porque, Aquel cuya bondad infinita reconocemos y celebramos, es tambien Aquel cuya infinita justicia publicamos y reverenciamos, y en este amantísimo Salvador, pródigo para nosotros de su sangre y de su vida, à quien amamos, no podemos tener un juez

inexorable. Tambien para aquellos à quienes la conciencia de sus actos hace temblar, preciso es absolutamente un intercesor, un abogado que goze de gran crédito cerca de Dios y al mismo tiempo lleno de tanta benevolencia, que no recuse el patrocinio de las causas más desesperadas y que pueda levantar à la esperanza de la divina clemencia à los afligidos y caídos. Este abogado en grado eminente es María, porque ella es poderosa como Madre de Dios omnipotente, y lo que es todavía más preferible, es afable, benigna y muy compasiva.

Por esto Dios nos la ha dado, por lo mismo que El la eligió para ser la Madre de su Hijo, animada de sentimientos maternales, no respirando más que amor y perdon. Así nos la ha mostrado Jesucristo con su conducta, cuando quiso espontáneamente estar sumiso y obedecer à María, como el hijo à su madre; así nos la ha presentado desde lo alto de la cruz, cuando en la persona de Juan, su discípulo, confió à su guarda y solicitud la universalidad del género humano; así, en fin, se ha ofrecido ella misma cuando al recibir con su grande alma la inmensa y laboriosa herencia que la dejaba su hijo al morir, empezó en seguida à cumplir los deberes de Madre universal.

Esta mision de tierna misericordia, divinamente confiada à María y confirmada por el testamento de Jesucristo, la han comprendido desde el principio los Santos Apóstoles y los primeros fieles; los venerables Padres de la Iglesia la han comprendido tambien y explicado doctamente, y todas las naciones, en todas las épocas del Cristianismo, la han sentido unánimemente. Ciertamente que, bajo el impulso mismo de la fé, nosotros vemos tambien arrastrados deliciosamente à María; nada nos importa tanto como ponernos bajo su tutela y patrocinio, confiándola completamente nuestros pensamientos y nuestras obras, nuestra inocencia y nuestro arrepentimiento, nuestras penas y nuestras alegrías, nuestras oraciones y nuestros votos, en una